

## BIBLIOTECAS Y MANUSCRITOS ÁRABES EN CÓRDOBA\*

María Jesús VIGUERA MOLÍNS  
*Universidad Complutense*

RESUMEN: Este artículo presenta la situación histórica de la producción de manuscritos árabes y de las bibliotecas, en Córdoba, entre los siglos IX y XIII.

ABSTRACT: This article aims to give a historical revision on the Arabic manuscript production, and libraries as well, in Cordova (al-Andalus) between 9th to 13th centuries.

PALABRAS CLAVE: Manuscritos árabes. Córdoba. Al-Andalus. Historia de libros y bibliotecas.

KEY WORDS: Arabic manuscripts. Cordova. Al-Andalus. Books and libraries history.

### Introducción

Éste de las bibliotecas y de los manuscritos árabes en Córdoba es un tema sobre el que existen ya algunos estudios y aproximaciones. Iremos citando, según avancemos, estudios más puntuales, pero en cuanto a los más generales planteamientos, merece atención la excelente monografía del gran arabista Julián Ribera y Tarragó (fallecido en 1934), que a finales del siglo XIX redactó una erudita monografía de casi 50 páginas, sobre "Bibliófilos y bibliotecas en la España Musulmana", que fue primero leída en la Facultad de Medicina y Ciencias de la Universidad de Zaragoza, y enseguida publicada por la revista zaragozana *La Derecha*, en 1896.

---

\* Esta investigación forma parte del Proyecto I+D: "Los manuscritos árabes en España. I: Córdoba, Madrid y Toledo" (BFF 2002-02674) del Plan Nacional de Investigación Científica (Ministerio de Educación y Ciencia).

Esta famosa monografía de Julián Ribera se reimprimió precisamente en Córdoba, a expensas de la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba, en 1925, junto con otro discurso de Ribera, sobre “La enseñanza entre los musulmanes españoles”. Y ambos se reeditaron, con aparato bibliográfico, en *Disertaciones y Opúsculos*<sup>1</sup>, donde se reunieron otros muchos trabajos del gran arabista. En ambas citadas monografías, sobre bibliotecas y enseñanza, claro está que destaca Córdoba, por el gran papel que en ambas cuestiones, y en la actividad cultural en general, desempeñó la insigne capital de al-Andalus.

Por todo eso, no estaría de más volver a reeditar ambos estudios de Ribera, aquí en Córdoba, comentándolos al menos a través de un estudio introductorio, en que se plantearan su primicia y sus aportaciones, su perspectiva historiográfica y las bienvenidas novedades que hasta ahora se han ido acumulando sobre el tema, pues éste de las actividades andalusíes en torno al libro ha pasado a ser, y cada vez más, objeto de atención pluridisciplinar, poniendo en juego tanto las dispersas pero significativas informaciones textuales como las ricas documentaciones materiales, según podemos apreciar en la excelente Tesis Doctoral de Husam Al-Abbady, sobre *Las artes del libro en el Magreb y al-Andalus*<sup>2</sup>, en trabajos publicados recientemente<sup>3</sup>, y en otros que se anuncian, como el libro de unas 200 páginas del profesor iraquí Abdarrahan al-Hayyi, que se encuentra en prensa, en Abu Dabi, sobre “los libros y las bibliotecas en al-Andalus”.

Referido a Córdoba, en concreto, tenemos el capítulo de don Manuel Nieto Cumplido, en el volumen 2 de su *Historia de Córdoba*, sobre “El libro y las bibliotecas”<sup>4</sup>, donde este autor empieza por citar una justa afirmación de Julián Ribera: “Córdoba fue la ciudad de los libros, como cerebro de las comarcas musulmanas de Occidente”, y enseguida la complementa con otro cabal aserto: “el libro constituyó en la Córdoba musulmana el principal medio de instrucción y el modo de impartir las enseñanzas. El amor y la estima del libro encuentra, asimismo, en la Córdoba islámica estimables ejemplos.... La lectura atenta

---

<sup>1</sup> Madrid, 1928, vol. I, pp. 181-228 y 229-360.

<sup>2</sup> *Las artes del libro en el Magreb y al-Andalus*, Tesis Doctoral dirigida por M.J. Viguera y S. Martínez Lillo, Universidad Complutense de Madrid, 2002; la Tesis aparecerá publicada en Madrid, seguramente en 2005.

<sup>3</sup> M.<sup>a</sup> Carmen Hidalgo Brinquis, Ninfa Ávila Corchero y Ana Jiménez Colmenar, “El libro en al-Andalus”, *La deuda olvidada de Occidente. Aportaciones del Islam a la civilización occidental*, coord. F. Vidal Castro, Madrid, 2004, pp. 239-265.

<sup>4</sup> M. Nieto Cumplido, *Historia de Córdoba, 2: Islam y Cristianismo*, Córdoba, 1984, pp. 111-115.

de literatos e historiadores árabes ofrece noticias por doquier del amor de los cordobeses por los libros”, y remite al cronista cordobés Ibn Abī l-Fayyāḍ, que señalaba cómo “en un sólo arrabal de la capital podían contarse hasta ciento setenta mujeres dedicadas a la copia del Corán”.

En efecto, la Córdoba andalusí se nos muestra, en algunas referencias textuales, como un emporio de manuscritos y bibliotecas. Julián Ribera, tras recorrer varias de las fuentes árabes en su tiempo editadas (sobre todo, repertorios bio-bibliográficos de tomos de la *Bibliotheca Arabico-Hispana*) se asombró de tanta referencia a tanto afán bibliófilo e intentó deducir cuántos libros se copiarían en la Córdoba de sus mejores tiempos culturales, y afirma<sup>5</sup> que aunque resulta difícil calcularlo “si consideramos que allí concurrían de cinco a seis mil estudiantes.... que éstos copiaban todos a l dictado las enseñanzas de sus maestros y que al año aprendían varios libros; si tenemos en cuenta que varios cientos de mujeres tenían por oficio copiar alcoranes y libros de rezo, y había quien en una semana concluía un Corán; si además se sabe que multitud de libreros pagaban sus copistas especiales y que bibliotecas privadas tenían multitud de hombres empleados en este oficio, bien se podría fijar, así, por aproximación, de sesenta a ochenta mil ejemplares [de libros copiados en Córdoba, anualmente], no exagerando el cálculo”.

La Córdoba andalusí se nos aparece, pues, en los siglos centrales de su historia islámica, como un gran depósito y un vivo mercado del libro, según varias referencias que se encuentran en textos árabes, algunas de las cuales iremos citando. Tenía razón el arabista francés del XIX, M. Quatremère, en su “Mémoire sur le goût des livres chez les orientaux”<sup>6</sup>, cuando señaló que el afán por las bellas letras, o por la cultura en general, lleva consigo el gusto por los libros. Así ocurrió en la Córdoba andalusí, y vamos a repasar alguno de sus episodios.

### Los libros antes y en la Córdoba omeya

La Córdoba andalusí empezaría a tener sus libros árabes y, cómo no, sus primeras colecciones o bibliotecas árabes durante el siglo IX de nuestra Era, al ir desde entonces predominando lo escrito sobre lo oral en aquella cultura árabo-islámica que, precisamente durante aquel siglo, ya el tercero de la Hégira, veía surgir en Oriente sus grandes actividades de recopilación escrita de las

---

<sup>5</sup> J. Ribera, “La enseñanza entre los musulmanes españoles”, *Disertaciones y Opúsculos*, I, p. 204.

<sup>6</sup> *Journal Asiatique*, 3ª serie, 6 (1838), pp. 35-78, espec. p. 38.

obras pioneras y básicas en todo tipo de saberes, empezando por los religiosos y jurídicos y abarcando desde lo gramatical y literario hasta lo científico y técnico, contando también con las traducciones griegas al árabe, especialmente emprendidas a partir del Califato abbasí, desde el año 750, y que con su segundo califa *al-Manṣūr*, el constructor de Bagdad (754-775), emprendió un enorme trasvase desde las culturas antiguas, animado también por su sucesor *al-Mahdī* (775-785), y ya continuando esta asimilación y fructificación del legado clásico durante tres siglos más.

Durante la primera mitad del siglo IX, el emir ‘Abd al-Raḥmān II (822-852) abrió de par en par las puertas cordobesas a tales traducciones y en general a las aportaciones orientales, y se dejó retratar, por la pluma del cronista cortesano Aḥmad al-Rāzī, enfatizando su afición al estudio: a través de *al-Muqtabis* de Ibn Ḥayyān<sup>7</sup> se le pinta como “hombre dado a la lectura del Corán y a la memorización de tradiciones del Profeta, de las que decía saber tres mil, además de lo cual tenía conocimientos de todas las ciencias islámicas y preislámicas, así como de cuestiones muy particulares de filosofía.... astronomía en general y astrología....”; en ello insiste esta misma crónica<sup>8</sup>: “el emir ‘Abd al-Raḥmān, por sus avanzados estudios de astronomía y sus lecturas de libros antiguos, era dado a la astrología....”; y también advierte que este emir “envió a Iraq, provisto de caudales, al algecireño ‘Abbās b. Nāṣiḥ, para buscar y copiar libros antiguos”<sup>9</sup>.

Aún durante el siglo IX, y desde entonces en disminución, en Córdoba pervivirían libros y bibliotecas visigodas, con sus contenidos latinos y cristianos<sup>10</sup>. Sobre ese trasvase libresco, en el espacio y en el tiempo, desde *Spania* a al-Andalus no tenemos muchos datos textuales, pero al menos el sabio cordobés Ibn ‘Abd al-Barr (m. 463 H./1071 d. C.) refiere en su *Kitāb al-qaṣd*<sup>11</sup> que durante la conquista musulmana de la Península Ibérica, en 92/711, el general Ṭāriq b. Ziyād

<sup>7</sup> Ibn Ḥayyān, *Crónica de los emires Alḥakam I y ‘Abd al-Raḥmān II entre los años 796 y 847 [Al-muqtabis-II-I]*, traducción, notas e índices Maḥmūd ‘Alī Makkī y Federico Corriente, Zaragoza, 2001, p. 171.

<sup>8</sup> *Muqtabis-II-I*, trad. citada, p. 258.

<sup>9</sup> *Muqtabis-II-I*, trad. citada, pp. 169-170.

<sup>10</sup> Es imprescindible tener en cuenta, entre otras aportaciones, las fundamentales de Manuel C. Díaz y Díaz, J.P. Monferrer Sala, y otras, también señaladas por Philippe Roisse, en su importante estudio sobre “La circulation du savoir des Arabes chrétiens en Méditerranée médiévale (sources manuscrites)”, *Collectanea Christiana Orientalia (CCO)*, 1 (2004), 185-231.

<sup>11</sup> *Al-Qaṣd wa-l-amam fī l-tārīḥ bi-uṣūl ansāb al-‘arab wa-l-‘aḥām*, ed. I. al-Ibyārī, Beirut, 1985, p. 35, citado por A.-Ch. Binebine, *Histoire des bibliothèques au Maroc*, Rabat, 1992, p. 20 y n. 17.

se apoderó de 22 libros preciosos, la mayor parte *maṣāḥif*, es decir “volúmenes encuadernados”, y especialmente textos religiosos, como los Evangelios, pero además tratados sobre botánica, talismanes y alquimia. Esto lo confirma y amplía algo, ya en el siglo XIII, al-Zayyānī<sup>12</sup> en su relación de viaje (*riḥla*), añadiendo que Ṭāriq los encontró en Toledo y se los regaló al califa omeya al-Walīd, para la biblioteca real de Damasco. Además de apuntar algo sobre los libros que desde *Spania* pasaron a al-Andalus, también esta noticia muestra la repetida conexión entre libros y Poder, lo cual es esencial a la hora de enfocar la actividad libresca e intelectual de una capital como la Córdoba andalusí.

Los libros latino-cristianos de los autóctonos en al-Andalus siguieron el proceso general de “arabización”, que en la segunda mitad del siglo IX era ya tan significativa como para provocar el famoso lamento del cristiano cordobés Álvaro de Córdoba, en su *Indiculus luminosus*, por el desuso del latín entre sus jóvenes correligionarios, que preferían utilizar el árabe para componer sus versos: “Nonne homnes iubenēs Xprīani uultu decori, lingue disserti, habitu gestuque conspicui, gentilia eruditjoni preclari, Harabico eloquio sublimati uolumina Caldeorum [= árabes] hauidissime tractant, intentissime legunt, ardentissime disserunt et ingenti studio congregantes lata constrictaque lingua laudando diuulgant, eclesiasticam pulcritudinem ignorantes et ecclesiae flumina de paradiso manantja quasi uilissima contemnentēs? Heu pro dolor, legem suam nesciunt Xprīani et linguam propriam non aduertunt Latini, ita ut omni Xri collegio uix inueniatur unus in milleno hominum numero qui saluatorias fratri possit ratiōnauiliter dirigere litteras, et repperitur absque numero multiplices turbas qui erudite Caldaicas uerborum explicet pompas, ita ut metrice eruditjori ab ipsis gentibus carmine”<sup>13</sup>, así vertido por Nieto Cumplido<sup>14</sup>: “Muchos de mis correligionarios leen las poesías y los cuentos de los árabes y estudian los escritos de los teólogos y filósofos musulmanes, no para refutarlos, sino para aprender cómo han de expresarse en lengua árabe con más corrección y elegancia. Todos los jóvenes cristianos que se hacen notables por su talento, sólo saben la lengua

<sup>12</sup> *al-Turŷumāna al-kubrā fī ajbār al-ma'mūr barr<sup>m</sup> wa-baḥr<sup>m</sup>*, ed. 'Abd al-Karīm al-Fīlālī, al-Muḥammadiyya, 1967, p. 89; cit. por Mohamed Aziz El Bazi, “Reflexiones sobre las *Ṭabaqāt al-Umam* de Ṣā'id al-Andalusī”, *Anaquel de Estudios Árabes*, 14 (2003), pp. 89-103, espec. p. 98 y n. 35.

<sup>13</sup> Álvaro de Córdoba, *Indiculus luminosus*, ed. Juan Gil, *Corpus scriptorum muzarabiorum*, Madrid, 1973, I, pp. 314-315; el pasaje ha sido objeto de numerosas citas y comentarios, como el de David Wasserstein, “A Latin Lament on the Prevalence of Arabic in Ninth-Century Islamic Cordoba”, *Arabicus Felix, Luminosus Britannicus, Essais in Honour of A.F.L. Beeston on his eightieth birthday*, ed. A. Jones, Reading, 1991, pp. 1-7; y “The Language Situation in Al-Andalus”, *Studies on the Muwassah and the Kharja*, eds. A. Jones y R. Hitchcock, Reading, 1991, pp. 1-15.

y la literatura de los árabes, leen y estudian celosamente libros árabes, a costa de enormes sumas forman con ellos grandes bibliotecas, y por donde quiera proclaman en alta voz que es digna de admiración esta literatura”.

Esta noticia nos atestigua la existencia de bibliotecas árabes cordobesas, en pleno siglo IX, y de libros árabes circulando, también, entre aplicados cristianos cordobeses, que por entonces aún conservaban sus manuscritos y su tradición latino-visigoda<sup>15</sup>, mientras, otras obras latino-cristianas íbanse traduciendo en al-Andalus al árabe: así, a finales del siglo VIII o principios del IX, se tradujo al árabe por al-ġabbī el *Libro de las Cruces*<sup>16</sup>; también en el siglo IX podrían situarse, como señala Juan Vernet<sup>17</sup> “las traducciones.... [de] versos latinos de autor desconocido y alguno de Virgilio.... la medicina practicada por los primeros árabes de al-Andalus se basaba en un libro traducido del latín que se llamaba *Aforismos*<sup>18</sup>.... abundan las citas literales que de Junio Moderato Columela, Marco Terencio Varrón y tal vez de las *Geórgicas* de Virgilio nos conservan los textos agricultores arábigoespañoles.... datos geográficos de las *Etimologías* de San Isidoro aparecen vertidos al árabe en los códices visigóticos.... A partir del [siglo] X.... la *Historia adversus paganus* de Orosio [sobre la que hay varias propuestas de nombres de traductores cordobeses].... o la redacción del *Calendario de Córdoba*, debida a la colaboración del médico [musulmán] ‘Arīb b. Sa‘d y el obispo Rabī‘ b. Zayd”. Incluso se vierten al árabe “textos sagrados”<sup>19</sup>, como los Evangelios, traducidos por Ishāq b. Velasco -es decir, Blázquez” de

<sup>14</sup>Traducción Nieto Cumplido, *op. cit.*, p. 114; considerado también en: M.J. Viguera, “Lengua árabe y lenguas románicas”, *Revista de Filología Románica*, 19 (2002 = 2004), pp. 45-54.

<sup>15</sup>Pedro P. Herrera Roldán, *Cultura y lengua latinas entre los mozárabes cordobeses del siglo IX*, Córdoba, 1995.

<sup>16</sup>Juan Vernet, *La ciencia en al-Andalus*, Sevilla, 1986, pp. 16-17; Juan Vernet, *Lo que Europa debe al Islam de España*, Barcelona, 1999, p. 111; Julio Samsó, *Las ciencias de los antiguos en al-Andalus*, Madrid, 1992, espec. pp. 29 y 33.

<sup>17</sup>*Lo que Europa debe...*, pp. 112-113.

<sup>18</sup>El Bazi, *op. cit.*, p. 101, citando a Ibn Ūlūyūl, *Ṭabaqāt al-aṭibbā‘ wa-l-ḥukamā‘*, ed. F. al-Sayyid, Beirut, 1985, p. 93: “En al-Andalus, la medicina se basa en una de las obras cristianas, traducida y titulada *al-Afurīsm*, cuyo nombre significa “suma” o “compilación”.

<sup>19</sup>Mayte Penelas (ed. y estudio), *Kitāb Hurūšiyūš (Traducción árabe de las Historiae adversus paganos de Orosio)*, Madrid, 2001, espec. pp. 37 y 38.

<sup>20</sup>P. Sj. van Koningsveld, *The Latin-Arabic glossary of the Leiden University Library. A contribution to the study of Mozarabic manuscripts and literature*, Leiden, 1977; Ángel C. López López, “La traducción de los Evangelios al árabe por Isaac ben Velasco de Córdoba en el siglo X”, *Homenaje al Profesor Don Agustín Millares Carlo con motivo del centenario de su nacimiento. Boletín Millares Carlo*, 13 (1994), 79-84; del mismo, “Las glosas marginales árabes del *Codex Visigothicus Legionensis*. Veinte estudios”, León, 1999, pp. 169-184.

Córdoba<sup>20</sup>, en el siglo X, y como el “Libro de los Salmos mozárabe”, versión al árabe realizada a partir de la traducción latina de San Jerónimo, así como del prefacio en prosa y los *argumenta* (*urÿûza*), ahora editado y traducido al francés por Marie-Thérèse Urvoy, *Le Psautier mozarabe de Hafs Le Goth*, en cuya introducción<sup>21</sup>, reafirmaba “la existencia en España de una auténtica cultura cristiana de expresión árabe”, que sigue siendo la peor conocida -aparte la eventualmente elaborada en el Norte de Africa- entre el gran conjunto de las literaturas cristianas árabes<sup>22</sup>.

Fue una útil transición para los libros autóctonos, del latín al árabe, que así integraron la rica cultura de al-Andalus, donde también llegaban textos árabocristianos orientales. Los detalles que se van conociendo son cada vez más significativos, como la nota marginal que lleva un antiguo manuscrito árabe del Pentateuco + Josué, conservado en Chipre, indicando que fue adquirido cerca de Córdoba<sup>23</sup>.

En la Córdoba de los Omeyas, además de esos libros latino-cristianos y árabo-cristianos, se fueron acumulando copias manuscritas de obras en árabe de los andalusíes musulmanes y muchas más de los valoradísimos manuscritos que se iban trayendo de Oriente. No podemos siquiera reunir ni entrever una lista de cuántos libros serían todos estos, más o menos citados en diversas fuentes, ni de en cuántos códices cada uno de ellos estaría reproducido, pero las historias de la literatura y otros estudios sobre la actividad cultural andalusí dan cuenta de la devoción y el afán con que empezaron a componerse obras, a importarse otras y a reunirse, en Córdoba, bibliotecas. Los andalusíes cultos volvían de su peregrinación a Oriente con obras de sus admirados orientales<sup>24</sup>.

La composición y transmisión de obras por escrito<sup>25</sup> se desarrolló en al-Andalus desde el siglo III de la Hégira/IX d. C., comenzando por obras de

<sup>21</sup> Marie-Thérèse Urvoy, *Le Psautier mozarabe de Hafs Le Goth*, Toulouse, 1994, espec. pp. I-II.

<sup>22</sup> Juan Pedro Monferrer Sala, “De nuevo sobre Johannes Hispalensis y la primera versión árabe de las *Sagradas Escrituras* realizadas en al-Andalus”, *Revista del Instituto Egipcio de Estudios Islámicos en Madrid*, XXXI, 1999, 77-105; del mismo, con A. Sidarus y Ph. Roisse, “Littérature arabe chrétienne et mozarabe. Bibliographie ibérique 1990-1995”, *Bulletin d'Arabe Chrétien*, nº 1 especial, Nîmega, 2001.

<sup>23</sup> Ph. Roisse, “La circulation du savoir des Arabes chrétiens en Méditerranée médiévale”, p. 218 y n. 119.

<sup>24</sup> Maḥmūd ‘Alī Makkī, “Ensayo sobre las aportaciones orientales en la España musulmana”, *Revista del Instituto Egipcio de Estudios Islámicos en Madrid*, IX-X (1961-1962), pp. 65-231 y XI-XII (1963-1964), pp. 7-140.

<sup>25</sup> Sobre el proceso de consolidación de la cultura escrita, sobre todo en Oriente, véase Gregor Schoeler, *Écrire et transmettre dans les débuts de l'islam*, París, 2002, espec. capítulo VII: “Lire ou entendre les livres”.

religión y jurisprudencia, estando siempre presente la poesía. El contenido de esta alta cultura árabe se amplió durante la siguiente centuria, al ritmo brillante del Califato de Córdoba, que incentivó la crónica dinástica, el panegírico, la adornada prosa, y varias ciencias, sobre todo, medicina y farmacología, astronomía y matemáticas, además de los primeros registros biográficos, gramáticas y léxicos<sup>26</sup>.

Para la producción árabe andalusí, de raíces y modelos orientales, fue decisivo el mecenazgo omeya, sobre todo del Califa al-Ḥakam II, que reunió en Córdoba una gran biblioteca, adquiriendo y haciéndose copiar todo tipo de códices, primero en pergamino, pero también en papel, al menos desde el año 359 H./970 d. C., fecha del más antiguo, y sólo en parte conservado, de los que llevaron este soporte, y fue copiado para este segundo califa de Córdoba, tratándose del *Mujtaṣar* de Abū Mus‘ab, del cual Joseph Schacht<sup>27</sup> afirmó ser el más antiguo manuscrito andalusí conocido, guardado en al-Qarawiyyīn de Fez: “it was written by his slave, ḡusayn b. Yūsuf, obviously in Cordova, in 359 [= 969-970] as he states in the colophon”, aunque en ese mismo volumen de *Al-Andalus*<sup>28</sup> pudo rectificar, indicando que el más antiguo de los manuscritos andalusíes conocidos era el “ár. 310 of the Vaticana, listed by Levi della Vida in his *Elenco*, p. 26, the colophon of which is dated in 346 A.H. [= 957-958 d. C.]... (see E. Tisserant, *Specimina Codicum Orientalium*, p. XXXVII). The two types of writing, however, are quite different, as Professor Levi Della Vida points out (see the reproduction of a page of the manuscript of the Vaticana in Tisserant, plate 51 a), and there remains in my mind some slight doubt whether this last manuscript is indeed Andalusian”.

### Bibliotecas reales y privadas

Según algunas fuentes árabes<sup>29</sup>, la primera biblioteca propiamente dicha constituida ya en tiempos islámicos fue la del príncipe omeya Jālid b. Yazīd b.

<sup>26</sup> Emilio Cabrera (coord.), *Abderrahman III y su época*, Córdoba, 1991: capítulo VIII, pp. 113-122: M. J. Viguera, “Las bellas letras”; interesa también: Bruna Soravia, “Los secretarios de cancillería: entre burocracia y literatura”, en M. J. Viguera y C. Castillo (coord.), *El esplendor de los Omeyas cordobeses*, Granada, 2001, pp. 218-225.

<sup>27</sup> J. Schacht, “On Abū Muṣ‘ab and his «Mujtaṣar»”, *Al-Andalus*, XXX (1965), pp. 1-14, espec. p. 8.

<sup>28</sup> J. Schacht, “Further on Abū Muṣ‘ab and his «Mujtaṣar»”, *Al-Andalus*, XXX (1965), 386.

<sup>29</sup> Mas‘ūdī, *Murūy*, II, p. 72 (ed. El Cairo), cit. por Binebine, *Histoire des bibliothèques au Maroc*, p. 18 y n. 11.

Mu'āwiya (m. 85 H./704 d.C.), pionero en hacer traducir obras griegas al árabe. También su abuelo, el gran califa omeya Mu'āwiya I (m. 60 H./680) poseía una colección de libros, con sus catálogos. Pero el califa abbasí al-Ma'mūn fue el primer soberano musulmán que reunió una magna biblioteca, en Bagdad, en la "Casa de la sabiduría" (*Bayt al-ḥikma*). La competencia bibliófila entre los diversos Poderes islámicos fue muy operativa para la constitución de las bibliotecas palatinas, convertidas así en emblema regio y tasa de potestad, como uno más de sus "tesoros", en este caso "de libros" (*jazā'in al-kutub*). Así ocurrió entre los Omeyas, también en al-Andalus, y entre sus más o menos contemporáneos los Idrīsīs, los Rustamīs, los Aglabīs y los Fatimīs en el Magreb, además de las magníficas bibliotecas regias en Oriente<sup>30</sup>. Sobre el simbolismo prestigioso de las posesiones de libros, recuérdese que los Omeyas de Córdoba conservaban entre sus tesoros bibliográficos el célebre Corán del califa 'Uṭmān, traído a al-Andalus por 'Abd al-Raḥmān I, que estuvo en Córdoba hasta que los Almorávides se lo llevaron a sus bibliotecas del Magreb, seguramente a Marrakech<sup>31</sup>.

El califa al-Ḥakam II de Córdoba, lleno de "pasión" (*garām*)<sup>32</sup> por los libros, logró reunir, según Ibn Ḥazm e Ibn Jaldūn<sup>33</sup>, 400.000 volúmenes. Este autor, además de al-Maqqarī y otros, refieren que la biblioteca real de Córdoba estaba registrada en un catálogo de 44 cuadernos cada uno de 50 folios<sup>34</sup>. El polígrafo del siglo XIII, Ibn al-Abbār<sup>35</sup> cuenta que Talid al-Jaṣī era el bibliotecario de al-Ḥakam II, con el título de "encargado de sus tesoros científicos" (*ṣāhib jizānati-hi al-'ilmiyya*). Sobre la bibliofilia de este segundo califa de Córdoba habla también el cadí de Toledo Ṣā'id, en el siglo XI, en su "Historia de la

<sup>30</sup> Y. Eché, *Les bibliothèques arabes publiques et semi-publiques en Mésopotamie, en Syrie et en Égypte au Moyen-Âge*, Damasco, 1967; F. Déroche y F. Richard (coord.), *Scribes et manuscrits du Moyen-Orient*, París, 1997.

<sup>31</sup> Ibn Marzūq, *El Musnad: Hechos memorables de Abū l-Ḥasan, sultán de los Benimerines*, estudio y traducción M.J. Viguera, Madrid, 1977, pp. 377-383; p. 439 y nn. 140 y 142; pp. 524-525, n° 753.

<sup>32</sup> al-Maqqarī, *Nafḥ al-ḥib*, ed. I. 'Abbās, Beirut, 1968, I, p. 395.

<sup>33</sup> Binebine, p. 39.

<sup>34</sup> Ribera, "Bibliófilos y bibliotecas", p. 193; Binebine, *Histoire des bibliothèques au Maroc*, p. 42 y n. 61; 'Abd al-Raḥmān b. Ḥamd al-'Akraš, "Maktabat al-Umawiyyīn bi-l-Andalus: kubrā maktabāt Ūrubā fi l-'uṣūr al-wuṣṭā", *Maʿallat al-maktabāt wa-l-Ma'lūmāt al-'arabiyya*, XII (1413/1992-93), n° 3, 5-66; David Wasserstein, "The library of al-Ḥakam II al-Mustanṣir and the culture of Islamic Spain", *Manuscripts of the Middle East*, 5 (1990-1991), pp. 99-105 (traducido al árabe por 'Abd al-Raḥmān b. Ḥamd al-'Akraš, "Maktabat al-Ḥakam al-tānī al-Mustanṣir wa-ṭaqāfat Isbāniyā al-Islāmiyya", *Maʿallat Maktabat al-Malik Fahd al-waṭaniyya*, I-1 (yūmādā al-ājira, 1416/1995-96), pp. 7-38.

<sup>35</sup> *Takmila*, p. 276; Binebine, p. 42 y n. 62.

filosofía y de las ciencias”<sup>36</sup>, y dice que al-Ḥakam II “hizo traer de Bagdad, Egipto y otras provincias de Oriente las más brillantes y prestigiosas obras y las composiciones más raras relacionadas con las ciencias antiguas y modernas, de las cuales llegó a reunir, al final del reinado de su padre y, después de éste, durante su propio reinado, una cantidad similar a la que habían conseguido reunir los califas ‘abbāsīs en un tiempo mucho mayor”. Este pasaje bien destaca la emulación entre Poderes, en torno a la cultura en general y a las bibliotecas en concreto como signos de potestad y prestigio.

Más adelante indicaremos cómo Almanzor arrojaría a las llamas parte (especialmente obras consideradas “sospechosas”) de esta magnífica biblioteca de los Omeyas cordobeses, que sin embargo no desapareció<sup>37</sup>. Es cierto, como indican Virgilio Martínez Enamorado y Antonio Torremocha<sup>38</sup>, que: “el acopio bibliográfico realizado por al-Ḥakam es una de las razones que sirven para explicar el vigor de la ciencia andalusí que, a pesar de los hechos descritos [la quema ordenada por Almanzor] salió de este embate en la práctica incólume”, pues en Córdoba, en todo al-Andalus, siguieron existiendo todo tipo de libros y saberes, aunque como dice Ṣā‘id<sup>39</sup>, tras el ataque de Almanzor contra varios saberes de los antiguos “la mayor parte.... ocultaron los conocimientos que habían adquirido en aquellas ciencias [ahora tachadas de heréticas]”.

Incluso, los libros de al-Ḥakam II, según apuntó el gran cronista cordobés Ibn Ḥayyān<sup>40</sup> “quedaron en el alcázar de Córdoba hasta que, por orden del *ḥāyib* Wādīḥ, uno de los *mawlā-s* de [Almanzor], hubo que vender la mayor parte [durante la guerra civil de principios del siglo XI] para hacer frente al sitio de la capital por parte de los beréberes. El resto fue saqueado cuando los beréberes irrumpieron en Córdoba”.

En efecto, dice Ṣā‘id<sup>41</sup>, que cuando estalló la guerra civil, las autoridades de Córdoba se vieron obligados a vender los tesoros de los Omeyas, y entre ellos “la totalidad de los libros y el resto de los enseres que habían quedado en palacio.... De este modo, se difundieron esos libros por las comarcas de al-An-

<sup>36</sup> *Kitāb Ṭabaqāt al-umam*, trad. Eloísa LLavero Ruiz, Madrid, 2000, p. 142.

<sup>37</sup> E. Lévi-Provençal, “Un manuscrit de la bibliothèque du calife al-Ḥakam II”, *Hespéris*, 18 (1934), pp. 198-200.

<sup>38</sup> *Almanzor y su época*, Málaga, 2001, p. 171.

<sup>39</sup> *Kitāb Ṭabaqāt al-umam*, trad. cit., p. 142.

<sup>40</sup> En Ibn Bassām, *Ḍajīra*, IV-1, p. 65 y al-Maqqarī, *Nafh*, III, p. 90, cit. por Laura Bariani, *Almanzor*, San Sebastián, 2003, p. 106 y p. 259 n. 12.

<sup>41</sup> *Kitāb Ṭabaqāt al-umam*, trad. Eloísa LLavero Ruiz, Madrid, 2000, p. 142.

dalus; entre ellos había verdaderos tesoros de las ciencias antiguas, que habían escapado a las manos de los que habían examinado la biblioteca de al-Ḥakam II, en tiempos de Almanzor. También todas las personas que habían mantenido ocultas las obras que poseían sobre estas ciencias las dieron a conocer”, pues, durante el período de taifas, dejaron de resultar sospechosas. Libros de al-Ḥakam II llegaron a adquirirlos los reyes de la taifa de Toledo, Sevilla, Córdoba, Almería y otras ciudades<sup>42</sup>.

Los reyes de taifas rivalizaron también como mecenas cultos y como poseedores de bibliotecas palatinas, y, tras ellos, los Almorávides entraron en Córdoba, desde el 27 de marzo de 1091. También en esta capital y en otras, los Almorávides procuraron adquirir por varios medios manuscritos, que fueron enviando al Magreb, sobre todo, seguramente, a su alcázar de Marrakech; así, Ibn Jaldūn<sup>43</sup> refiere cómo los Almorávides se apoderaron del famoso Corán de ‘Utmān y se lo llevaron al Magreb, junto con otros libros, en escritura andalusí y oriental, de los que ya el primer emir Yūsuf b. Tāšufīn<sup>44</sup> se adueñó en al-Andalus para formar su biblioteca palatina, constituida así por fondos procedentes de las cortes taifas de al-Andalus. Al estudioso de las bibliotecas marroquíes, Ahmed-Chouqui Binebine<sup>45</sup>, le parece por tanto evidente “qu’un certain nombre de manuscrits ayant appartenu au calife omeyyade al-Ḥakam II ait chu dans la *Jizāna* d’Ibn Tāšufīn”, y anota que las bibliotecas marroquíes continúan conservando manuscritos que pertenecieron a los califas omeyas de Córdoba. La crónica de al-Marrākušī<sup>46</sup> señala que el segundo emir almorávide, ‘Alī b. Yūsuf b. Tāšufīn, hizo llevar al Magreb manuscritos de todos los lugares de al-Andalus para constituir una biblioteca insuperable.

Después, los Almohades, heredaron el imperio y los tesoros de los Almorávides, entre ellos sus libros. El tercer califa almohade, Yūsuf, reunió casi tantos libros, se dice, como el omeya al-Ḥakam II. Compraba y requisaba, y sólo de obras científicas llegó a poseer 200.000 volúmenes, según al-Maqqarī<sup>47</sup>. De su afán bibliófilo da cuenta el cronista al-Marrākušī<sup>48</sup>, transmitiendo el relato del sabio Abū Muḥammad al-Šidūnī: “en mi juventud, compraba libros sobre esta

<sup>42</sup> Ribera, “Bibliófilos y bibliotecas”, pp. 212 y 222.

<sup>43</sup> *Al-‘Ibar*, ed. Būlāq, VII, p. 83; Binebine, *op. cit.*, p. 37 y n. 35.

<sup>44</sup> *Al-Ḥulal al-mawšīyya*: cit. por Binebine, p. 37 y n. 36.

<sup>45</sup> Binebine, *op. cit.*, p. 37.

<sup>46</sup> *Al-Mu‘yib*, p. 170: cit. por Binebine, p. 37 y n. 39.

<sup>47</sup> *Nafḥ al-ḡīb*, I, p. 184: cit. Binebine, p. 39 y n. 47.

<sup>48</sup> *Al-Mu‘yib*, p. 206 de la trad.: cit. por Binebine, pp. 39-40 y n. 50.

ciencia [de la astronomía] a un hombre que vivía en nuestra ciudad de Sevilla, Abū l-Ḥayyāy Yūsuf al-Murānī, en cuyas manos había caído un gran número [de libros] durante las vicisitudes que habían assolado al-Andalus. Tenía tal cantidad de libros, que me los llevaba saco tras saco. Un día me dijo que ya no le quedaba ninguno de todos aquellos libros, y como yo le preguntara la causa de su desaparición, me confesó que «el Príncipe de los Creyentes [el califa almohade Yūsuf], al saber de ellos, había enviado [a gentes de su guardia para que entraran en aquella biblioteca privada y se los llevaran a palacio]».

Desde las altas esferas soberanas se transmitían por las diversas esferas todos estos y otros prestigiosos modelos regios de coleccionismo bibliófilo. Ya desde el siglo II de la Hégira/IX d. C., las fuentes mencionan algunas bibliotecas particulares de algunos sabios, en el oriente y en el occidente islámico<sup>49</sup>. Entre los individuos cordobeses que procuraban con afán adquirir libros, la mayoría, claro está, perseguía objetivos sabios, pero alguno fue un coleccionista de adorno que comparaba libros por metros: refiere al-Maqqarī<sup>50</sup>, en su enorme enciclopedia de al-Andalus, que a Córdoba fue un tiempo el bibliófilo al-Ḥaḍramī, asiduo del *mercado de libros*: “por ver si encontraba de venta uno que tenía vehemente deseo de adquirir. Un día, por fin, apareció un ejemplar de hermosa letra y elegante encuadernación. Tuve una gran alegría. Comencé a pujar; pero el corredor que los vendía en pública subasta todo era revolve hacia mí indicando que otro ofrecía mayor precio. Fuí pujando hasta llegar a una suma exorbitante, muy por encima del verdadero valor del libro bien pagado. Viendo que lo pujaban más, dije al corredor que me indicase la persona que lo hacía, y me señaló a un hombre de muy elegante porte, bien vestido, con aspecto de persona principal”, a quien al-Ḥaḍramī se acerca, para decirle -llamándole “doctor”- que, ante su empeño por llevarse el libro, él renuncia a seguir subiendo la ya excesiva puja, y recibe la siguiente respuesta: “«usted dispense, no soy doctor. Para que usted vea, ni siquiera me he enterado de qué trata el libro. Pero como uno tiene que acomodarse a las exigencias de la buena sociedad de Córdoba, se ve precisado a formar biblioteca. En los estantes de mi librería tengo un hueco que pide exactamente el tamaño de este libro, y como he visto que tiene bonita letra y bonita encuadernación, me ha placido. Por lo demás, ni siquiera me he fijado

<sup>49</sup> Además de otras referencias ya citadas, véase el primer capítulo (“Lecteurs et collectionneurs de livres”), y el segundo (“Morphologie de la collection de livres”) del admirable libro de Houari Touati, *L'armoire à sagesse. Bibliothèques et collections en Islam*, París, 2003.

<sup>50</sup> *Nafh al-ḥib*, I, pp. 215-216; trad. Ribera, “Bibliófilos y bibliotecas”, pp. 202-204.

en el precio. Gracias a Dios, me sobra dinero para esas cosas». Al oír aquello me indigné, no pude aguantarme, y le dije: «Sí, ya, personas como usted son las que tienen dinero. Bien es verdad lo que dice el proverbio: “da Dios nueces a quien no tiene dientes”. Yo que sé el contenido del libro y deseo aprovecharme de él, por mi pobreza no puedo utilizarlo»”.

El literato Ibn Sa‘īd de Alcalá de Benzaíde, de quien al-Maqqarī tomó esa anécdota, la comentó con palabras de su propio padre<sup>51</sup>: “Córdoba era la ciudad de más libros de al-Andalus, y su gente era la más aficionada a formar bibliotecas, medio por el cual se conseguía pasar por hombre principal o distinguido. Hasta las personas de viso que no tenían instrucción científica, ponían cuidado de que en su casa no faltara la biblioteca, con libros muy selectos, pues era de mucho tono el que se dijera: «Fulano tiene en su biblioteca un ejemplar único» o bien «Ha logrado Fulano adquirir un libro de tal copista célebre»”.

Este significativo relato fue traducido por Julián Ribera<sup>52</sup>, comentando que demuestra la bibliofilia cordobesa, tanto la del mero coleccionismo como la científica; el relato es citado numerosas veces por investigadores posteriores, como Sánchez Albornoz, que resaltó en el pasaje su información sobre “cuál había llegado a ser el gusto por el libro y la moda de reunirlos entre los cordobeses”<sup>53</sup>. Nótese que al-Ḥaḍramī no era un cordobés, y que refiere el suceso con extrañeza, destacando la singularidad de la bibliofilia cordobesa. De todos modos, la anécdota ha de ser puesta en relación, también, con el generalizado reconocimiento de la supremacía cultural de Córdoba y la añoranza con que tanto Ibn Sa‘īd, en el siglo XIII, y al-Maqqarī, a finales del XVI y principios del XVII, la reproducen.

En tiempos almohades, ya no era Córdoba la capital de al-Andalus, sino Sevilla, y pese a eso la solidez bibliófila cordobesa aparece en la célebre disputa<sup>54</sup> entre Averroes y Avenzóar, en presencia del califa almohade Abū Yūsuf Ya‘qūb, en el curso de la cual Averroes afirmó que si en Sevilla muere un sabio y quieren venderse sus libros, se los llevan a Córdoba para venderse bien; pero si un músico muere en Córdoba, sus instrumentos son llevados a Sevilla para ser vendidos, subrayándose así el distinto carácter de ambas metrópolis.

<sup>51</sup> Ribera, “Bibliófilos y bibliotecas”, p. 204.

<sup>52</sup> Ribera, “Bibliófilos y bibliotecas”, pp. 202-204.

<sup>53</sup> Nieto Cumplido, “El libro y las bibliotecas”, *Historia de Córdoba*, p. 112.

<sup>54</sup> Maqqarī, *Nafh*, I, p. 147; Ribera, p. 208; Binebine, p. 50 n. 105.

### Quemas de libros

También el Poder político, que tanto favorece en ocasiones a libros y bibliotecas, puede, llegado el caso, destruirlos, influido por diversos intereses. La Córdoba andalusí vivió varios episodios famosos de quema y destrucción de manuscritos<sup>55</sup>; entre ellas, la ocurrida a finales del siglo X, con el expurgo violento de la magna biblioteca de al-Ḥakam II, por orden de Almanzor, lo cual refiere así el ya citado cadí de Toledo Šā'id, en el siglo XI, en su "Historia de la filosofía y de las ciencias"<sup>56</sup>: "[Almanzor] en cuanto consiguió las riendas del poder, dedicó su atención a las bibliotecas de al-Ḥakam II.... en las cuales se hallaban recogidos todos los libros mencionados anteriormente y algunos más. Hizo que se exhibieran los diferentes tipos de obras que se hallaban en estas [bibliotecas] en presencia de sus principales consejeros religiosos y les mandó separar, del resto de los libros, todas aquellas obras relacionadas con las ciencias antiguas que versaran sobre lógica, astronomía y otras de las ciencias cultivadas por los antiguos, a excepción de los libros de medicina y cálculo. Cuando se hubieron separado, del resto de los libros, las obras de lexicografía, gramática, poesía, historia, medicina, derecho islámico, tradiciones del Profeta y otras de las ciencias permitidas por las escuelas [jurídicas] de al-Andalus -a excepción de aquellas que escaparon mezcladas entre estas últimas, que fueron pocas- mandó [Almanzor] que fueran quemados y destruidos. Algunos de estos libros fueron quemados, otros arrojados a los pozos de palacio, donde fueron enterrados con tierra y con piedras o, en fin, destruidos de cualquier otra forma. [Almanzor] hizo todo esto para granjearse el afecto del pueblo de al-Andalus.... cualquiera que leyera alguno de estos libros era sospechoso, ante ellos, de herejía....".

Ya antes vimos que este expurgo no detuvo, ni mucho menos, el avance científico de al-Andalus y ni siquiera aniquiló todos los libros "de las ciencias antiguas" que poseía la biblioteca del alcázar de Córdoba, pero hemos de señalar el objetivo que le movió a efectuarlo: como indica Laura Bariani<sup>57</sup>, Almanzor, que (hacia 978-979) "no había afianzado suficientemente su poder", procuró así granjearse el apoyo de ulemas y alfaquíes, y "adoptó esta medida también para desmentir los rumores que le incluían precisamente entre quienes se deleitaban con el estudio de estas ciencias". Almanzor supo, a la vez, cultivar

<sup>55</sup> Ribera, "Bibliófilos y bibliotecas", pp. 219-224.

<sup>56</sup> *Kitāb Ṭabaqāt al-umam*, trad. Eloísa LLavero Ruiz, Madrid, 2000, pp. 142-143.

<sup>57</sup> *Almanzor*, pp. 104-105.

su imagen como mecenas de sabios y literatos, sobre lo cual ya Ribera reunió varias referencias<sup>58</sup>.

A principios del siglo XII, en Córdoba también, como en otros lugares del Occidente islámico, los Almorávides ordenaron quemar las obras de Algacel (m. 1111)<sup>59</sup>.

### Final mudéjar y morisco

El proceso de las guerras, con sus avances sobre al-Andalus, y las emigraciones de los andalusíes, sobre todo de pudientes y cultos, fueron las causas de que en Córdoba, tras la conquista cristiana de 1236, apenas sobreviviera una sombra de su rica cultura libresca, aunque algo más florecieran industrias de tradición andalusí que tenían relación con la producción de libros o sus encuadernaciones<sup>60</sup>. Mucho menos siguió allí la población mudéjar, después de sus revueltas por Andalucía en la segunda mitad del siglo XIII y de los conflictos fronterizos con el reino nazarí de Granada, adonde los aún restantes bibliófilos andalusíes procurarían refugiarse con sus libros, además de partir con ellos al Magreb o incluso al Oriente. Otros manuscritos árabes habían pasado a los reinos cristianos peninsulares, como el famoso episodio de las trece cargas de libros que Sancho IV envió al sultán benimerín<sup>61</sup>.

Los mudéjares cordobeses desaparecen, pues, en el siglo XIII. Luego, en el siglo XVI, fueron instalados en Córdoba moriscos procedente de Granada, que aún mantenían su fe y prácticas musulmanas, como ha estudiado Juan Aranda Doncel, *Los moriscos en tierras de Córdoba*<sup>62</sup>: “Guadoc, zala y ayuno de Ramadán constituyen los pilares básicos de la militancia religiosa de los granadinos instalados en el área cordobesa.... la transmisión del credo mahometano se hace en una condiciones precarias, ya que los granadinos deportados carecen

<sup>58</sup> “Bibliófilos y bibliotecas”, pp. 205-206.

<sup>59</sup> Maribel Fierro, “La religión”, en M.J. Viguera Molins (coord.), *Historia de España Menéndez Pidal*, VIII-2: “El retroceso territorial de al-Andalus: Almorávides y Almohades”, Madrid, 1997, espec. pp. 484-486; Francisco Codera, *Decadencia y desaparición de los almorávides en España*, ed. e introd. M.J. Viguera, Pamplona, 2004, pp. 107-108.

<sup>60</sup> Ricardo Córdoba de la Llave, “Cuatro textos de literatura técnica medieval sobre el trabajo del cuero”, *Meridies*, V-VI (2001), 171-204.

<sup>61</sup> Episodio muy citado, por ejemplo: Ribera, “Bibliófilos y bibliotecas”, p. 225; Şalāḥ Ŷarrār, *Zamān al-waṣl. Dirāsāt fī l-taṣā‘ul al-ḥaḍārī wa-l-ṭaqāfī fī l-Andalus (Studies on Cultural Interaction in Andalusia)*, Beirut, 2004, pp. 42-46, al tratar sobre los “trasvases de libros” (*intiḡāl al-kutub*).

<sup>62</sup> Córdoba, 1984, espec. p. 338 y n. 66.

de las orientaciones religiosas de personas entendidas en la ley musulmana. La falta de alfaqujes queda suplida por ancianas que gozan de prestigio y ejercen un liderazgo indiscutible en el seno de la comunidad. Las relaciones de causas aportan datos sobre la identidad y actividad de algunas dirigentes. Inés de Soto, que cuenta 70 años, posee ‘siete libros del Alcorán de Mahoma y sabía leer aráuigo’<sup>63</sup>. Y añade Aranda Doncel que “la normativa de 1572 desarrolla un plan de asimilación cultural y recoge el articulado contenido en la de 1566. La cuestión de la lengua se aborda de manera negativa, en cuanto que suprime taxativamente el uso del árabe: «Otro sí prohibimos y defendemos que los dichos moriscos, assí hombres como mugeres, no puedan hablar ni hablen en lengua arauiga en sus casas ni fuera dellas, ni escreuir cartas, memorias ni otra cosa alguna en la dicha lengua»”<sup>64</sup>.

Pero los moriscos, acabamos de ver un ejemplo, se aferraban a su fe y a la señal identitaria de sus libros árabes. Es sabido que la Inquisición de Córdoba requisó manuscritos árabes, de lo cual hay referencias indirectas, a través de menciones de embajadores marroquíes<sup>65</sup> que procuraron recuperar manuscritos árabes en El Escorial: el soberano Mawlāy Ismā‘īl envió al visir Ibn ‘Abd al-Wahhāb al-Gassānī<sup>66</sup>, que, tras referirse al incendio de 1671, no insiste en sus demandas y cuenta de su visita a El Escorial cómo a unos armarios “habían trasladado los libros de los musulmanes de Córdoba, de Sevilla y de otras ciudades, pretendiendo luego que se habían quemado hace unos diez años. Hemos visto las huellas del incendio en aquellos armarios”<sup>67</sup>. Enviados por el sultán Muḥammad b. ‘Abd Allāh, vinieron: Aḥmad al-Gazzāl al-Fāsī, en 1179/1766, que logró volver con 300 manuscritos<sup>68</sup>, y luego Muḥammad b. ‘Uṭmān al-Miknāsī (m. en 1213/1799). Finalmente al-Kardūdī, nombrado embajador en España en 1855, que anotó “On dit qu’il y a là [Escorial] deux mille livres des musulmans qui se trouvaient à Cordoue et que l’on transféra là. On nous demanda plus d’une

<sup>63</sup> A.H.N., *Inquisición*, Leg. 1856, Exp. 14.

<sup>64</sup> *Pragmática y declaración sobre los moriscos*, cit. por Aranda, *op.cit.*, p. 326 y n. 11.

<sup>65</sup> Buena síntesis en Binebine, *Histoire des Bibliothèques au Maroc*, pp. 152-154, 159-161 y 193; H. Pérès, *L’Espagne vue par les voyageurs musulmans de 1610 à 1930*, París, 1937; B. Justel, *La Real Biblioteca de El Escorial y sus manuscritos árabes*, espec. pp. 191-194; Nieves Paradela Alonso, *El otro laberinto español. Viajeros árabes a España entre el s. XVII y 1936*, Madrid, 1993.

<sup>66</sup> Juan Vernet, “La embajada de al-Gassānī (1690-1691)”, *Al-Andalus*, 18 (1953), pp. 109-116.

<sup>67</sup> al-Gassānī, *Riḥlat al-wazīr fī-iftikāk al-asīr*, ed. y trad. Al-Bustani, Tánger, 1940 (pp. 89 de la traducción y 99 de la edición).

<sup>68</sup> Justel, *op. cit.*, pp. 193-194.

fois de nous rendre en cette localité pour visiter et voir les livres des musulmans qui s'y trouvaient; mais Allah ne nous permit pas cela"<sup>69</sup>.

### Colecciones de manuscritos árabes en Córdoba

De aquellos manuscritos medievales de al-Andalus, sin duda muchos miles, nada parece quedar hoy en Córdoba, pero ya en el siglo XX, y gracias a circunstancias que explicará don Antonio Arjona Castro en un próximo Congreso sobre "Manuscritos árabes en España y Marruecos" (Granada, mayo de 2005), se formaron dos colecciones nuevas, todavía brevemente catalogadas y estudiadas<sup>70</sup>:

1º. En la "Biblioteca Municipal": Respecto a los manuscritos árabes de la Biblioteca [antes: Archivo] Municipal de Córdoba: su antigua catalogación anónima y deficiente publicada en *Al-Mulk*, I (1959-60), págs. 107-120: "Colección de Códices árabes existentes en el Archivo municipal de Córdoba" (reseña en *Ma'yallat Ma'had al-Majtūṭāt al-'Arabiyya (Revue de l'Institut de Manuscrits Arabes)*, 19, 1973, 216) ha sido recientemente ampliada por el también preliminar trabajo de Ildfonso Garijo Galán y Rafael Pinilla Melguizo, "Catálogo de Manuscritos Arabes conservados en la Biblioteca Municipal de Córdoba", *Qurtuba*, 1 (1996), 219-276, recogiendo descripciones sobre los 61 volúmenes, monográficos o misceláneos, en que se hallan encuadradas un total de 165 obras -la mayoría manuscritas, alguna litografiada- completas o fragmentarias árabes.

2º. En la "Real Academia de Córdoba": Espera revisión el Catálogo realizado por Alfredo Bustani, "Catálogo de códices árabes de la Real Academia de Córdoba. (Instituto de Estudios Califales)", *Al-Mulk*, IV (1964-65), 103-115, sobre los 21 manuscritos árabes en esta Institución conservados. Algunos de los manuscritos árabes de Córdoba fueron mencionados por Ṣāliḥ Abū Raqīq, "Taqrīr 'an ba'tat Ma'had al-Majtūṭāt ilà Isbāniyā fī l-fatrah min 11-6-1971 - 24-8-1971", *Ma'yallat Ma'had al-Majtūṭāt al-'Arabiyya*, 19 (1973), 205-219; y en *Qawā'im al-majtūṭāt allatī fahrasat-hā ba'tat Ma'had al-Majtūṭāt ilà Isbāniyā (12-6-1971 ilà 25-8-1971)*, texto mecanografiado en el Instituto de Manuscritos Árabes de El Cairo.

<sup>69</sup> Pérès, *L'Espagne vue par les voyageurs musulmans*, pág. 47, cit. por Binebine, *Histoire des Bibliothèques au Maroc*, p. 154.

<sup>70</sup> M. J. Viguera Molins, "Manuscritos árabes en Barcelona, Córdoba, Granada, Guadalajara, León y Lleida", *Qurtuba*, 6 (2001), pp. 267-270; *id.*; "Apuntes sobre manuscritos árabes en España", *Grafeion*, ed. J. P. Monferrer Sala y M. Marcos Aldón, Córdoba, 2003, espec. pp. 55-56.